

Los viajes de Pulgarcito

Hermanos Grimm



Ministerio de
Capital Humano
República Argentina

Secretaría
de Educación

PRESIDENTE

Javier Gerardo Milei

VICEPRESIDENTE

Victoria Eugenia Villarruel

JEFE DE GABINETE DE MINISTROS

Guillermo Alberto Francos

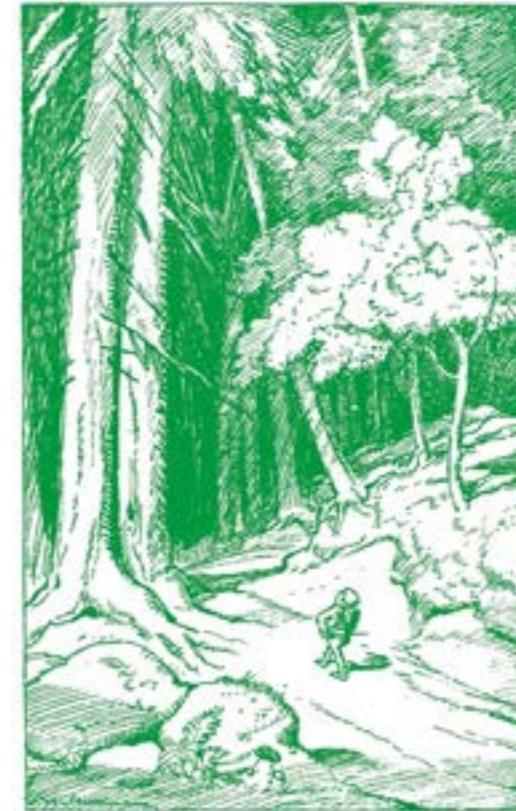
MINISTRA DE CAPITAL HUMANO

Sandra Viviana Pettovello

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Carlos Horacio Torrendell

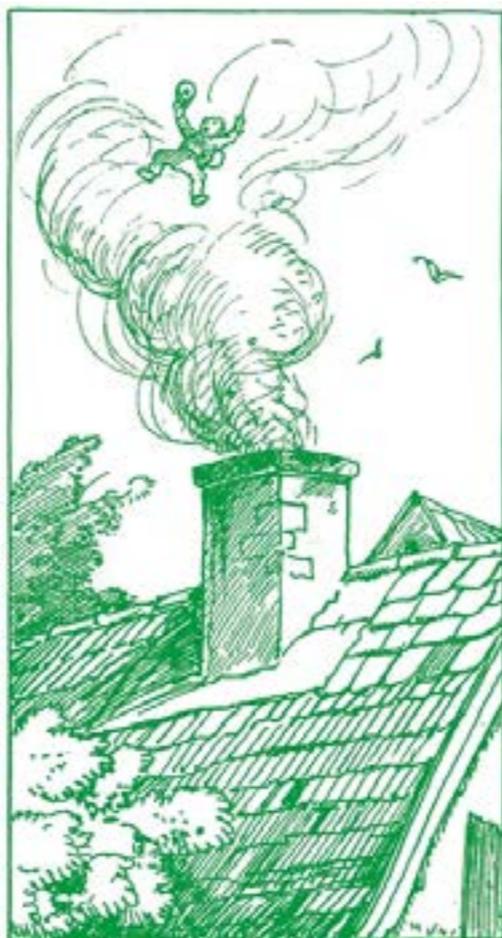
Los viajes de Pulgarcito



Escrito por los Hermanos Grimm

Versión adaptada

Ilustrado por Hermann Stockmann



n sastre tenía un hijo, que había nacido tan pequeño, que no era mayor que un pulgar. Por eso se llamaba Pulgarcito, el pequeño sastrecillo. El niño era tan valiente que

un día dijo a su padre:

—Padre, debo y quiero viajar por el mundo.

—Bien, hijo mío, trae una aguja de coser y haz en el ojo un nudo fuerte; así tendrás una espada también para el camino.

Luego quiso el Pulgarcito comer todavía una vez más en familia y saltando fue a la cocina para ver qué cosa rica había preparado su madre por última vez. Recién la habían terminado de preparar y la fuente estaba junto a la cocina. Entonces dijo:

—Señora madre, ¿qué hay hoy de comer?

—Míralo tú mismo —dijo la madre.

Pulgarcito saltó a la cocina y miró dentro de la cacerola, pero como estiró tanto el cuello, lo alcanzó el vapor que subía de la comida y lo lanzó

fuera de la chimenea. Durante un rato voló sobre el vapor por los aires hasta que finalmente cayó en tierra. ¡Por fin estaba el sastrecillo fuera, en el ancho mundo!

Caminó sin rumbo y entró en casa de una maestra a trabajar, pero la comida que le daban no le hacía demasiado feliz.

—Señora maestra, si no me da una comida mejor —dijo Pulgarcito—, me iré y escribiré mañana: «Muchas papas, poca carne, adiós señor rey de las papas».

—¿Qué más quieres tú, bichito? —dijo la maestra. La maestra se enojó, tomó un trapo y quiso pegarle con él; pero nuestro Pulgarcito se arrastró ágilmente hasta debajo del dedal y miró desde allí hacia fuera y le sacó la lengua a la señora maestra. Ella levantó el dedal y quiso agarrarlo, pero el pequeño Pulgarcito saltó al trapo y, cuando la maestra lo abrió y lo buscó, se metió en una grieta de la mesa.



—¡Eh, eh, señora maestra! —gritó, y sacaba la cabeza y cuando ella quería sorprenderlo se metía en el cajón. Finalmente, ella lo pescó y lo echó de la casa.

Pulgarcito sastrecillo siguió andando y llegó a un gran bosque; allí encontró un montón de ladrones que tenían proyectado robar los tesoros del



rey. Cuando vieron al sastrecillo, pensaron: «Un muchacho tan pequeño puede meterse por el agujero de una cerradura y servirnos de llave».

—Oye tú, gigante Goliat —gritó uno—. ¿Quieres venir con nosotros al cuarto de los tesoros del rey? Puedes meterte dentro y echar el dinero hacia fuera.

Pulgarcito lo pensó y finalmente dijo:

—Sí —y fue con ellos hasta el cuarto de los tesoros del rey. Allí miró la puerta de arriba abajo para ver si había alguna grieta. Poco después descubrió una que era lo suficientemente amplia para poder pasar. Quiso meterse por ella, pero uno de los dos vigilantes del tesoro, que estaban ante la puerta, lo vio y le dijo al otro:

—¿Qué clase de araña horrorosa se arrastra por ahí? La pisaré.

—Deja en paz al pobre animal —dijo el otro—, no te ha hecho nada.

Pulgarcito llegó por la grieta felizmente al cuarto del tesoro, abrió la ventana bajo la que estaban los ladrones y les lanzó una moneda de plata tras otra. Cuando el sastrecillo estaba en lo mejor de su trabajo, oyó llegar al rey, que quería ver su cuarto de los tesoros, y se escondió rápidamente. El rey se dio cuenta de que faltaban monedas de plata, pero no podía comprender quién los había robado, pues la cerradura y el cerrojo estaban en buen estado y todo parecía estar bien custodiado.

Se marchó y dijo a los dos vigilantes:

—Prestad atención: hay alguien que anda tras las monedas de plata.

Cuando Pulgarcito comenzó de nuevo su trabajo, oyeron moverse el dinero dentro y sonar «clinc, clinc, clinc». Rápidamente entraron y quisieron atrapar al ladrón. Pero el Pulgarcito los oyó venir, fue más rápido, saltó a una esquina y se tapó con una moneda de plata de tal manera que no se veía nada de él. Al mismo tiempo se burlaba de los vigilantes gritando:

—¡Aquí estoy!

Los vigilantes corrían de un lado a otro, pero cuando llegaban ya estaba en otra esquina bajo otra moneda de plata y decía: —¡Eh, eh, estoy aquí!

Los hombres se acercaban rápidamente, pero Pulgarcito estaba ya hacía tiempo en la tercera esquina y gritaba:

—¡Eh, eh, estoy aquí! —y así se burlaba de ellos y les hizo dar tantas vueltas por el cuarto del teso-



ro que se cansaron y se fueron. Entonces lanzó hacia fuera las monedas una tras otra; la última la lanzó con gran fuerza y hábilmente se sentó sobre ella y salió volando así por la ventana. Los bandidos le dedicaron grandes alabanzas:

—Eres todo un héroe —dijeron—. ¿Quieres ser nuestro capitán?

Pulgarcito les dio las gracias, y dijo que primero quería ver mundo. Se repartieron las monedas, y el sastre exigió solamente una muy pequeña de oro, que era lo único que podía llevar.

Luego se ató de nuevo la espada alrededor del cuerpo, les dio los buenos días y se puso de nuevo en camino. Entró de aprendiz en casa de algunos maestros, pero no le gustó el trabajo. Finalmente, fue a servir como mozo en un comedor. Las mujeres que trabajaban allí no lo podían soportar, pues sin que ellas lo pudieran ver a él, él veía todo lo que hacían a escondidas y les contaba a los señores cada detalle de sus trabajos. Entonces dijeron ellas:

—¡Ahora verás! —y quedaron de acuerdo para hacerle una broma pesada.

Cuando una de las muchachas, poco después, estaba cortando hierbas en el jardín y vio saltando a Pulgarcito por las hojas de un lado a otro, lo cortó rápidamente con la hierba, lo ató todo en un gran trazo y se lo dio de comer secretamente a las vacas. Entre ellas había una



grande y negra que se lo tragó sin hacerle daño. El interior de la vaca no le gustó, pues estaba muy oscuro y no brillaba ninguna luz. Cuando ordeñaban a la vaca, gritó Pulgarcito:

—Glup, glup, glup. ¿Se llenará pronto el balde?

Pero con el ruido que se hacía al ordeñar era imposible entenderle. Poco después llegó el señor de la casa al establo y dijo:

—Mañana hay que vender esta vaca.

Entonces Pulgarcito sintió miedo y gritó con voz clara:

—¡Primero déjame salir, que estoy dentro!

El señor oyó esto bien, pero no sabía de dónde venía la voz.

—¿Dónde estás? —preguntó.

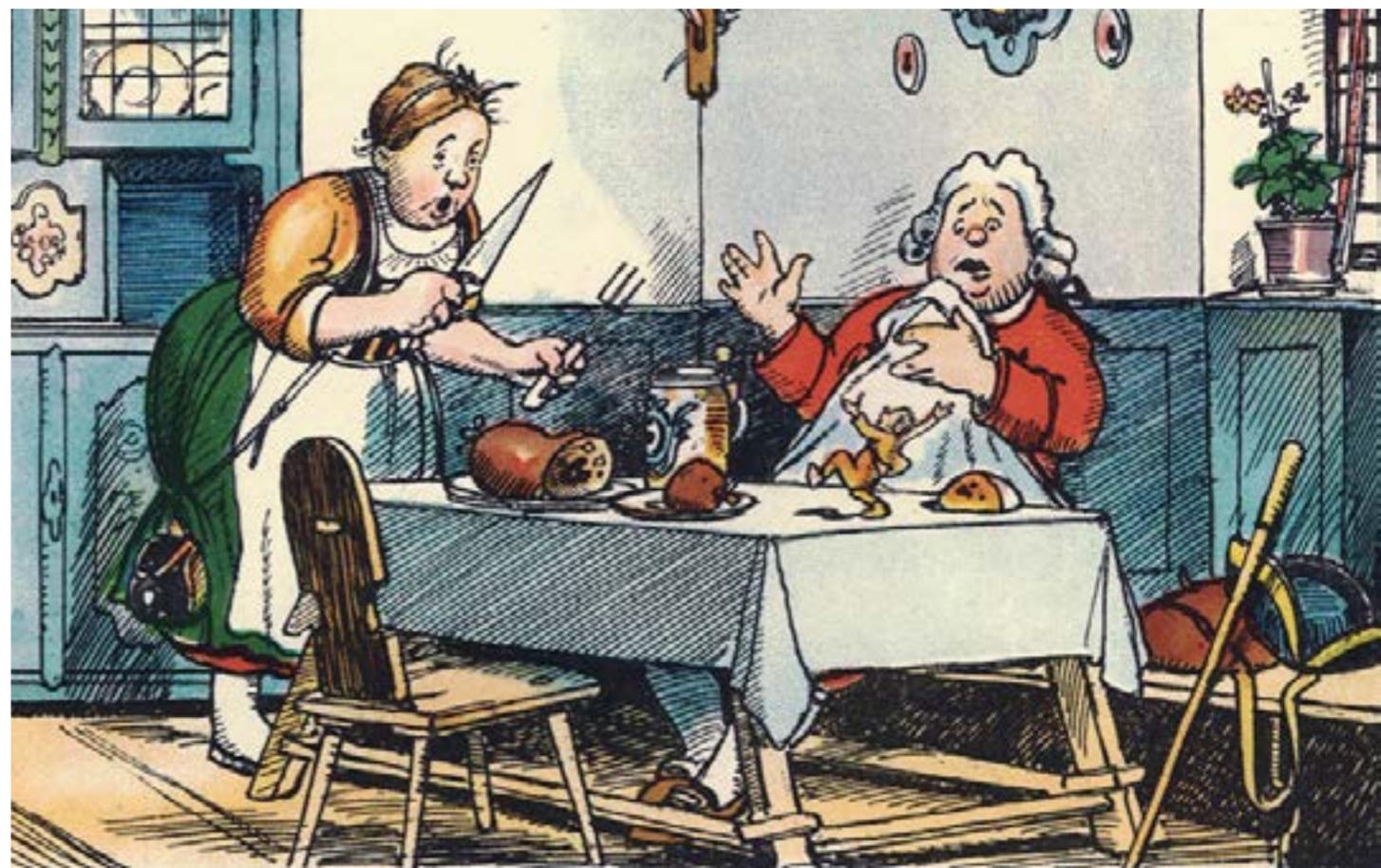
—En la negra —contestó, pero el señor no entendió lo que quería decir, y se fue.

A la mañana siguiente saltó al cubo de leche y dejó la vaca. Afortunadamente no le alcanzó ningún golpe cuando pasaron de un balde al otro la leche, pero fue a parar a la olla para hacer manteca. Cuando llegó el mantequero y comenzó con su trabajo, gritó a pleno pulmón:

—¡No batas demasiado fuerte, que yo estoy en el fondo!

Pero con el ruido del batido no le oía nadie. A consecuencia de esto, Pulgarcito estaba lleno de angustia, pero la angustia da fuerzas, y entonces saltó rápidamente entre las palas batidoras, de tal forma que ninguno le rozó y él

se escapó por los pelos. Pero no pudo huir, no había ninguna otra salida, y tuvo que dejarse meter con los trozos de manteca. Pero el lugar donde quedó era muy pequeño y además lo habían guardado en un lugar frío, donde se le hizo el tiempo eterno. Finalmente, lo trasladaron porque iban a darle manteca a un cliente. Cuando la señora del comedor cortó la manteca en rodajas, Pulgarcito tuvo el cuidado de no estirar demasiado la cabeza para que, al mismo



tiempo, no se la cortaran. Al fin vio su ocasión, y haciendo lugar, saltó hacia fuera.

No quiso permanecer más tiempo en una casa en la que le había ido tan mal, y emprendió de nuevo la marcha. Pero su felicidad no duró demasiado. En el campo le salió un zorro al paso y se lo tragó en un abrir y cerrar de ojos.

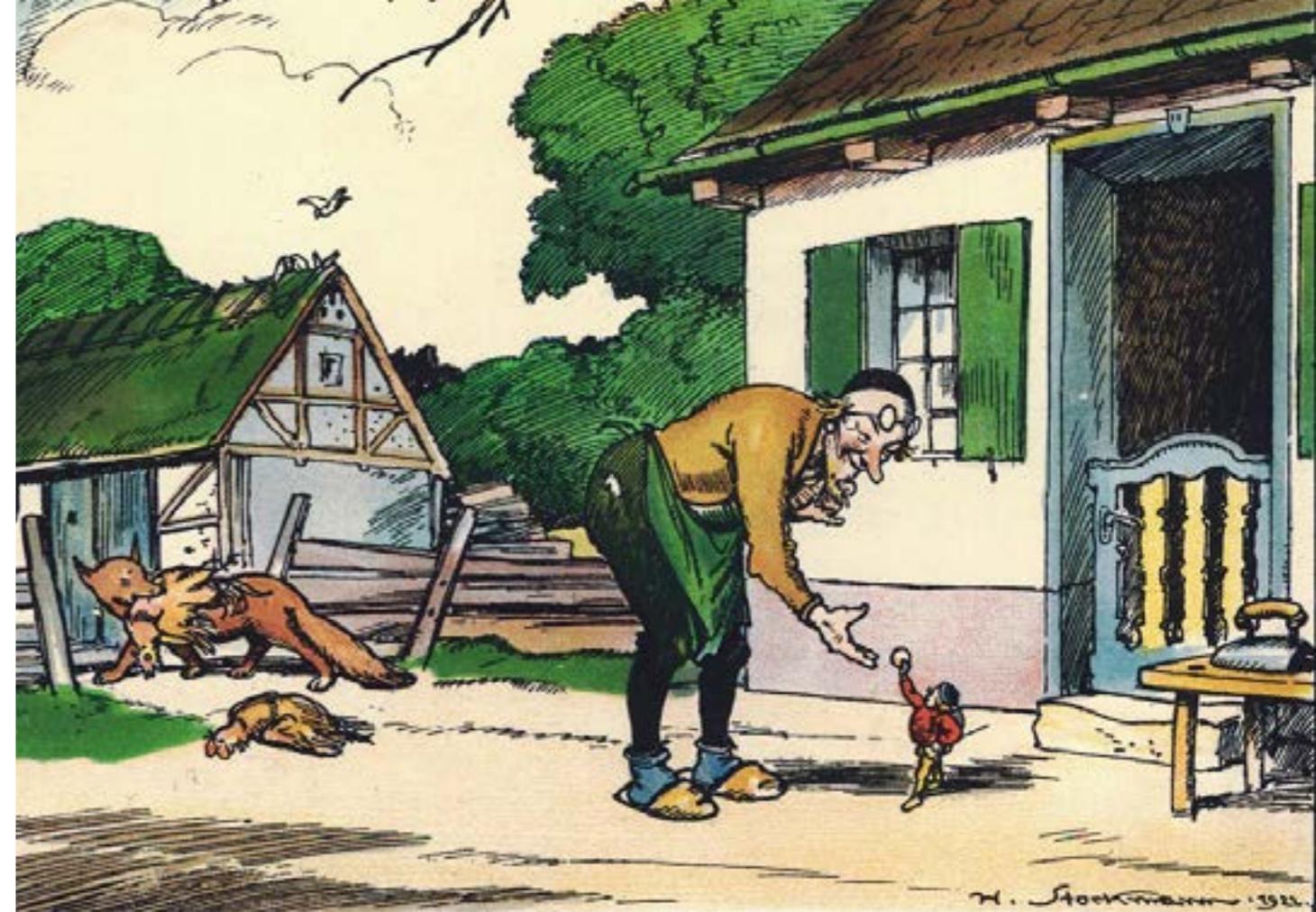
—¡Eh, señor zorro! —gritó el sastrecillo—. ¡Yo soy el que está en tu boca, déjame de nuevo libre!

—Tienes razón —dijo el zorro—, de ti no sacaré gran cosa. Dame las gallinas de la granja de tu padre, y te dejo libre.

—De todo corazón —respondió Pulgarcito—. Las gallinas las tendrás, te lo prometo solemnemente.

Entonces el zorro lo dejó libre y él mismo le llevó a casa.

Cuando el padre vio de nuevo a su amado hijo, le dio al zorro gustosamente todas las gallinas que tenía.



—En compensación te traigo una buena moneda de oro —dijo Pulgarcito, y le dio la monedita que había obtenido en su viaje—. ¿Pero cómo es que le has dado al zorro los pobres pollitos para que los devorara?

— ¡Ay, querido tonto, a un padre le será siempre más querido su hijo que todas las gallinas del corral!

Adaptada desde las versiones
en español “**Kinder– und
Hausmärchen**” de Jacob y Wilhelm Grimm,
posteriores a la segunda edición de 1815.

Las imágenes que ilustran este cuento son parte del fondo
histórico de literatura infantil y juvenil de la **Colección Colmo**
de la Biblioteca Nacional de Maestros.



Pulgarcito

Charles Perrault

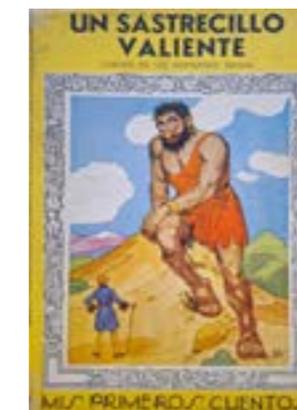
Adaptación José María Huertas

Ilustraciones Carlos Freixas

Series Mis primeros cuentos

Edición 1ª ed.

[Barcelona] : [Molino],
[1939?]



Un sastrecillo valiente

Charles Perrault

Adaptación José María Huertas

Ilustraciones Bocquet

Series Mis primeros cuentos

Edición 1ª ed.

[Barcelona] : [Molino],
[1939?]



Daumerlings Wander- schaft. Scholz` Künst- ler-Bilderbucher Nr. 18

Brüder Grimm;

Ilustraciones Hermann Stockmann

Series Libro ilustrado de artistas de Scholz

Edición 1ª ed.

[Alemania] : [Mainz, Jos. Scholz], [1925?]

**Este material fue producido
por la Biblioteca Nacional de Maestros**

**DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA
NACIONAL DE MAESTROS**

Bib. Laura Palomino

**COORDINACIÓN DE CONTENIDOS,
SERVICIOS DIGITALES
Y COMUNICACIÓN (BNM)**

Coordinación: Marta González del Valle

Diseño y diagramación: Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
[Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/)

Se permite la reproducción total y/o parcial con mención de la fuente.
Esta licencia abarca a toda la obra excepto en los casos que se indique otro tipo de licencia.
Material de distribución gratuita, prohibida su venta.

2025, Secretaría de Educación de la Nación
Pizzurno 953, CABA
República Argentina





CUENTOS CLÁSICOS

La colección **Biblioteca de la Tradición Oral** recupera historias universales que ruedan por el mundo de boca en boca. Aunque estén escritas, leerlas nos recuerda rondas de cuentos, abuelas junto a la cocina y otros paisajes de infancia. Invitamos a recrear estas historias para comenzar a descubrir la aventura de leer.

BNM
Biblioteca Nacional
de Maestros